

## VIII.

### CONCLUSION.

Quien hace el mal con pretexto de hacer el bien es dos veces culpable. (S. Basilio. Epíst. á sus sufragáneos).

#### 1.

#### A La Bandera Roja:

Muy poco tenemos que decir al periódico que ha dado ocasion para que estas páginas sean escritas. Pero ante todo, llamamos su atencion sobre las palabras de un sábio obispo, que hemos puesto por cabeza de este capítulo, y que le aplicamos tales como suenan. Porque la indicacion que hace en el último párrafo de su artículo, de obedecer á un precepto, de la moral, enseñando lo verdadero, despues de haber escrito tantos errores y falsedades históricas y calificaciones injuriosas de hombres eminentes y emitido juicios disparatados sobre cosas que no entiende, hace ver de bulto que tomó por pretexto un buen fin para hacer un grave mal; y por tanto, tiene la doble culpabilidad del mal obrar y de la falsía con que lo quiere hacer pasar bajo la salvaguardia de una sana intencion.

Y luego, por finiquito de cuentas le preguntamos: ¿qué andaba haciendo por Italia aquella asendereada CESAREA, cuya llave, con las de otra multitud de ciudades, fueron depositadas con la donacion de Pepino sobre la confesion de San Pedro? Y cuál fué de las varias ciudades que tal nombre llevaron en Palestina, Bitinia, Mauritania y Cilicia, á la que tan feo per-

cance le avino? Ya suponemos que la cuitada, sea cual haya sido, olvidándose de que *la mujer y la gallina por andar se pierden aina*, se escapó de casa, y vino á tomar el aire bajo el hermoso cielo italiano: y hé aquí que, cuando menos lo pensaba, fué antecojida por el buen Pepino, que hacia á todo trapo, y sin atencion á los derechos de extranjería ni á los fueros del sexo, entregó su bella cautiva á discrecion del Papado. Todo se nos ocurre; pero querriamos saberlo de tan buena tinta como la del que da fé de ese infortunio. Esa ocurrencia de *Cesarea* por Italia nos trae á la memoria un *quid pro quo* de cierto, pretendiente de poeta, que escribió: "*Cual cocodrilo en el alto cocotero:*" y fué que le pareció que *cocodrilo* era sinónimo de *colibrí*.

El que quiera no incurrir tan tontamente en esos *quid pro quo*, haria bien en atenerse al consejo de otro poeta, que solia darlos muy buenos, y tambien muy malos:

*Sumite materiam vestris, qui scribitis equam  
Viribus, et versate diu, quid ferre recussent,  
Quid valeant humeri.....*

"Dígote este latin, porque me doy á entender que despues que eres gobernador lo habrás aprendido," decia D. Quijote á Sancho Panza, en carta que le escribió cuando éste gobernaba en su Insula. Y si ser gobernador insulano es título suficiente para saber latin sin haberlo estudiado; mucho mas que bastante lo es haberla dado por escribir sobre materias teológicas, canónicas, históricas, críticas, etc. no aprendidas mas que por *infusion* de ciencia. Y no decimos mas aunque podriamos.

## 2.

*Al periódico  
que cree honrar sus columnas con las lucubraciones  
de La Bandera Roja*

Menos que al otro tenemos que decir á este. Le recomendamos que pusiera sus tijeras en manos mas expertas. Pero seria inútil; porque, al fin, el campo en que gusta recojer no produce mas que zizaña y ortigas. Si por un momento siquiera hubiéramos creido que la verdadera empresa de este periódico era, como él anunció en sus comienzos, el descatalogar al pais, no nos faltarian algunas y buenas cosas que decirle, aunque en forma humilde y lenguaje pedestre. Pero como siempre hemos tenido en lo que vale aquella su exuberancia de franqueza y lealtad, es decir, hemos visto en ello la jugada de aquel que amaga á la cara para pillar el pañuelo; nos desentendemos de sus *descatalogadores propósitos*, limitándonos á decirle que: á segundo ó tercer artículo que, como el de *El origen del poder de los Papas*, publique en sus beneméritas columnas, los candorosos que le habian creido de buena fé, y le tenian por un afectuoso compadre y coolaborador inteligente, tendrán qué decirle á grito herido aquello que dijo el otro:

Hágase, Señor, á un lado;  
No me defienda, por Dios;  
Porque con tan torpe ayuda,  
Nos lleva el diablo á los dos."

## 3.

*A nuestros hermanos mexicanos extraviados  
por la propaganda protestante.*

Cuando consideramos al protestantismo en el grado de decadencia á que ha llegado, no solo como religion, sino aun como conjunto de doctrinas puramente humanas, creemos poder decir de él, lo que Voltaire del jansenismo en su tiempo. "Esta secta, como no tiene ya mas que convulsionarios, ha caido en el envilecimiento. . . . Lo que llega á ser ridículo, no puede ser ya peligroso." (Siglo de Luis XIV.) Porque, en efecto, los defensores del protestantismo, á estilo de *La Bandera Roja*, pueden ser comparados á los últimos convulsionarios de S. Medardo, que conservaron, solamente por tradicion, ciertas mañas, en que ellos tenian ya muy poca fé, y el público espectador no tenía ninguna. Como los convulsionarios rezagados habian olvidado hasta la mímica de su industria, así los actuales paladines del luteranismo y calvinismo momificados, habiendo perdido el *fuego sagrado* que alentaba á sus progenitores, han quedado solo con las mañas peores; y al querer ponerlas en escena, su torpeza solo dá de que reir. Porque como sus elementos de accion, hoy como en el principio, no son mas que la audaz calumnia, la mentira impudente y la procaicidad descarada, han agotado el recurso, y para hacer valer lo poco que de él les queda lo llevan hasta el absurdo: y como lo absurdo no puede subsistir, descendiende rodando hasta lo ridículo.

En otra época el protestantismo profesó algo á manera de creencia, de doctrina religiosa, en que por algo entrara la fé di-

vina: en la enseñanza y sostén de esa doctrina ponía en ejercicio la inteligencia fascinada, la razón extraviada sí, pero aplicada á objetos dignos de especulación; es decir, á verdades que mas ó menos hondamente entrañaban la solución del gran problema humano, el principio, el medio y el fin del hombre. Pero desde que el protestantismo se desentendió, y lo hizo muy pronto, de esos objetos dignos de la inteligencia y racionalidad humana, ya no se preocupó mas de probar la verdad de su primitivo programa; y se limitó desde entonces, á buscar los medios de justificar su grande apostasía. Ya no se preocupa de probar esto ó aquello que crea, sino que se contenta con disculparse de no creer en nada.

Y para esto apela á la historia; pero á la historia, no tal cual las generaciones la han dejado escrita; sino como él mismo la forma, como la imagina, como la sueña y la ha menester para los intereses de su causa. Hasta escribe la *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, y miente. Porque jamás ha existido tal conflicto: miente como mentiría el que escribiese la historia de los pobladores de la luna, á quienes nadie ha visto. Y qué resulta de esas empresas? Lo que es muy natural, que: "nunca se muestra mas villano el pensamiento que, cuando por excusar una falta se hace su cómplice; entonces no yerra, se prostituye."

Y en efecto, prostitucion es del pensamiento, degradacion de la inteligencia, el esforzarse por engañar, por corromper á las masas inapercibidas é ignorantes, narrándoles ficciones como hechos históricos, atronándoles los oídos con calumnias imposibles, de puro absurdas; pero que imitan el papel de graves y sesudas y profundas apreciaciones críticas. Esto ha hecho el articulista de *La Bandera Roja*, en su incalifica-

ble producción que ha dado margen á estas páginas, y creemos haberlo probado abundantemente en el curso de nuestro modesto estudio. La aseveracion, que no hay epíteto bastante enérgico con que calificar, de que los veintitres Pontífices que gobernaron la Iglesia desde S. Pedro hasta Esteban I, *no perdonaban medio por inmoral que fuese para aumentar su poder*, es suficiente para desengañar á todo espíritu que, aunque fascinado, sea sostenido por un corazón honrado, de que no es la verdad y sus fueros, la que, para su defensa, tiene que apelar al vilísimo recurso de una calumnia tan soez, tan atroz, tan insensata. ¡Tachar de inmoralidad á veintitres santos, el mayor número de ellos mártires, y esto en la época de la corrupcion romana de Neron á Domiciano, y de Domiciano á Heliogábalo, y de Heliogábalo á Decio! Esto no es criminal, no es atroz, es puramente insensato. Si Lutero, si Calvino, si Enrique VIII, levantando por un momento las pesadas losas que oprimen sus cenizas heladas, pudieran encararse con el que tal ha dicho, por voto unánime, sin inrepararle y con profunda lástima, le confinarían á un manicomio, cerrándole antes la boca con una mordaza.

Y no contento con calumniar á muertos venerandos, y venerados por la cristiandad, niega hechos históricos de que la humanidad dá testimonio unánime, como es el episcopado de S. Pedro en Roma y la intervencion de la Santa Sede en los conflictos que mediaron entre S. Atanasio y los arrianos. Y afirma otros hechos que el mas simple buen sentido rechaza con indignacion, y todo ello en nombre *del deber de enseñar la verdad*. Cómo se llamará todo esto, si no es una ignorancia vergonzosa, y una imperdonable audacia para escribir sobre lo que del todo se ignora; ó una descarada mala

fé, que se propone engañar y corromper con pleno conocimiento de causa?

Afectuosamente llamamos la atención de nuestros hermanos mexicanos, que desgraciadamente se hayan dejado seducir por la propaganda protestante, sobre estos medios de acción de que se valen los falsos doctores que les seducen; y les invitamos á que mediten con calma, si es decente, si es honroso á un hombre de buen sentido el dejarse engañar por tales apóstoles del error y por tan ruines medios de persuasión, ó más bien de corrupción. Que el error nos atraiga y alucine por medio de bellos y bien parlados sofismas; que se nos imponga por medio de hechos oscuros y difíciles de explicar, pero de indisputable realidad, esto tiene explicación, hasta disculpa tal vez. Pero que so nos induzca en el error por medio de calumnias groseras, atroces, absurdas; por medio de invenciones fantásticas, vendidas por hechos históricos, con negaciones irracionales que solo prueban ignorancia supina ó audaz mala fé, esto no es explicable ni ménos disculpable en un pueblo que se tenga puramente por racional y de buen sentido. En el siglo XVII, un grande hombre, un genio, dijo al protestantismo á la faz del mundo: *Tú varias; luego no eres la verdad*. Y el protestantismo enmudeció, con el silencio de un reo convicto. Pues bien; hoy que el protestantismo ha renegado de todo símbolo y no tiene ya creencias que defender; que se ha convertido en agresor llamándonos al palenque de la historia; pero de la historia compuesta al modo que la *arreglaba* Voltaire, nosotros todos, sin el genio, pero con la justicia y seguridad que Bossuet, podemos decir al precursor de los yankees: "Tú mientes; luego tu causa está perdida; tú calumnias; luego no tienes la justicia de tu parte; tú forjas historias, y sueñas hechos, y borras rea-

lidades; luego en tu contra tienes á la verdadera historia de diez y ocho siglos." Y el protestantismo tendrá que callar como el embustero cogido en sus propias palabras.

¿Y quiénes de nuestros hermanos estaban tan tan mal avenidos con la verdad hija de Dios, tan mal hallados con la luz destello del cielo, que quisieron asemejarse á esas aves nocturnas é impuras, que esquivan la claridad del día por que las deslumbra y ofusca, y buscan las tinieblas de la noche, porque en ellas miran, y revolotean, y vagan á su antojo? ¿Quiénes de nuestros hermanos se resolverán á emanciparse de la luz y de la verdad católica, para precipitarse en los sinuosos antros de la ficción protestante; en cuyos oscuros senos solo tienen guías como *La Bandera Roja* que miente, calumnia y falsifica sin pudor, á trueque de conseguir el engañar y corromper á unos cuantos incautos, ignorantes, ó predispuestos al mal?

¡Hermanos! el haber nacido en el error, el haber vivido en él con una ignorancia invencible, el haber vivido fuera de la verdad por hábito inconsciente, por necesidad insuperable, por fatalidad humana, puede servir de disculpa ante el tribunal tremendo de Aquel solo que penetra los fondos más secretos del corazón humano: y en el momento supremo, pueden consumarse misterios inescrutables de misericordia y de gracia en favor del que no erró con su corazón, ni pecó con su voluntad. Pero el que viviendo en medio de la luz de la verdad renuncia á ella voluntariamente por orgullo del entendimiento, por corrupción del corazón ó por novelesca de la imaginación, y que llega á pronunciar el blasfemo *non serviam*, no serviré, del impio: aquel que voluntaria y conscientemente ha salido del seno de la Iglesia católica y apóstolica, no tiene título alguno para esperar esos misterios insondables de misericordia

y de bondad que salvan al ladrón de la derecha en su última hora: no tiene acción á esperar mas que un juicio terrible y sin apelación; en el cual él mismo se condene con las amargas palabras del arrepentimiento tardío *Nunc reminiscor malorum quæ feci*; ahora me acuerdo de los males que hice.

Hay un momento, hermanos, el último de la vida, en que las ilusiones de los bellos días se disipan todas: en ese momento se vé de bulto la austera verdad, la verdad amarga, la verdad según Dios y según justicia; y en ese trance terrible, espantoso para todo el que cree en un *más allá* misterioso, no valen las calumnias y dicterios de *La Bandera Roja* contra los Vicarios de Jesucristo; ni valen sus falsificaciones de la historia, ni sus insensatas negaciones. En ese momento no vale más que la palabra de Dios, y la bendición de aquel á quien Dios confió en la tierra el depósito de su eterna verdad.

¡Hermanos! quien así os habla, con la mano sobre el corazón y los ojos hacia el cielo, os dá testimonio de lo que por su alma ha pasado. Dos veces nos hemos visto con un pié al borde del sepulcro, y ya casi llamando con nuestra descarnada diestra á las puertas de la tenebrosa eternidad; y en momento tan solemne, nuestro grande y único consuelo ha sido el poder decir sin vacilación alguna: *He pecado, Señor, pero nunca negué; sino que he creído constantemente*. Y fundados en esa protesta de fé católica que incluía también una aspiración de amor, hemos esperado confiados en la gracia y misericordia divinas, un misterio de piedad y remisión, que nos hiciera bajar al sepulcro como el publicano descendió á su casa, justificado en su arrepentimiento por la misericordia de Dios. Deseamos para vosotros, hermanos, ese consuelo único y grande en el momento supremo. Pero para contar con él necesitáis volver al

seno de la Iglesia católica de la cual os habeis separado: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*. Por que solo á ella, y no á los precursores de los yankees, dijo la palabra eterna: "El que os escucha á vosotros me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros á mí me desprecia."

Por reverso de ese consuelo envidiable en momentos terribles, y del cual damos fé por nuestra propia experiencia, la historia nos presenta otras escenas de desconsuelo amargo, de remordimientos implacables, de infernal desesperación en muchos que, después de haberse abandonado en su vida á todos los delirios de errores deliberadamente aceptados, á la hora de la muerte han sido iluminados por un destello de la luz de que siempre huyeron. Os referirémos uno de esos casos, que es un hecho histórico y no un episodio de novela. Felipe Melancton fué el discípulo más distinguido de Lutero y el más adicto á su maestro: alguien le ha llamado el *Fenelon de la Reforma*. Su madre le había seguido en la apostasía y profesaba las nuevas doctrinas de la época. Pero habiéndole llegado la última enfermedad, y sintiendo próxima la hora postrera, *se acordó del mal que había hecho*, y su alma era presa de una angustia terrible y su espíritu era atormentado por el repugnante espectro de la duda con su obligado cortejo de incertidumbre, desconfianza, temores y remordimientos. En esta angustiosa situación se vuelve á su hijo, el gran teólogo de la Reforma y le interpela en estos términos: "Hijo mío, esta es la última vez que ves á tu madre, voy á dejar este mundo para siempre; también tú vendrás un día; también tú habrás de comparecer ante el Juez Supremo para darle cuenta de tus acciones. No ignoras que yo era católica y que tú eres quien me ha inducido á abandonar la Religión de mis padres, ¡Pues bien!

Te lo pido en nombre del Dios vivo, dime, no me lo ocultes, ¿en qué fé tengo que morir? Y Melancton le contestó: «La nueva doctrina es más cómoda; la antigua, empero es más segura.» (Audin, Histoire de la vie de Luther, tom. II, pág. 457). ¿Qué desengaño y en qué hora! ¿Querriais vosotros, hermanos, en la hora de los desengaños tardíos tener que interrogar sobre vuestra eterna suerte á los periódicos que irven á la causa del insano protestantismo? Y en caso de que os respondieran, ¿lo harian con la verdad y lealtad que lo hizo Melancton á su desconsolada madre?

## 3.

*A nuestros hermanos los católicos fieles:*

Estamos ciertos de que los católicos que hayan leído estas nuestras pobres páginas habrán quedado sorprendidos al ver la audacia, la ignorancia ó la mala fé del articulista de la *Bandera Roja* en su mal zurcida declamacion contra el Pontífice Romano; y no acertará á darse cuenta de cómo haya quien se atreva á escribir como él en un país católico, y en un país que no es de bárbaros ni de estúpidos. Pero cesará la sorpresa cuando considere que, ese articulista no ha hecho más que seguir las huellas de Lutero, Calvino, Zuinglio y tantos otros. Ese modo ignoble de trabajar por la causa de la Reforma, les viene á los herejes de hoy por derecho de abolengo.

Los protestantes, con raras y honrosas excepciones, siempre han profesado y practicado en sus trabajos contra el catolicismo, aquella máxima de Voltaire: «conviene ahora mentir como

un diablo, no con timidez y por cierto tiempo, sino con audacia y siempre.» (A. Thiriot). En la prosecucion de ese sistema de trabajos que tiene á la mentira por base, han sido secundados eficazmente por las sociedades secretas presentes y pasadas, de aquí y de todas partes: «Desprestigiad la clerigalla sin parar en los medios.... Agitad siempre, difamad con motivo ó sin él, esto nada importa, pero agitad: en esta palabra están contenidos todos los elementos del triunfo.» (Circular de la Junta de las sociedades secretas de 20 de Octubre de 1821). Y en efecto agitan, empujando á los incautos y á los débiles al vacío del protestantismo, porque allí está la puerta para salir del cristianismo: de esto se trata; hacer salir del cristianismo al renegado del catolicismo.

¿Y qué importa que se engañe al pueblo á quien, dizque, se enseña é ilustra por medio de la prensa periódica? El pueblo á quien se adula con el epíteto hueco de *soberano* cuando se le ha menestar, es el mismo á quien se destina alevosamente á servir de carne para el cañon, ó á ser envuelto como mercancías de tendajon en papelotes mal embadurnados. ¿Qué importa todo ello, si los que disparan el cañon y embadurnan los papelotes viven á costa de ese pueblo! Ni qué importa que se le enseñen repugnantes absurdos, si él se presta de buen grado á creerlos, si mientras más monstruoso sea lo que se le cuenta, con más facilidad otorga su asenso! Porque los doctores del periodismo saben que: «al populacho no se le engaña con una cosa racional; si fuera racional el engaño no lo comprendería; es preciso que sea una cosa monstruosa para que él la crea.»

Sobre este plan son trazados todos los trabajos de los afiliados en la escuela *filosófica*, llámense protestantes, libres pen-

sadores, masones, solidarios, etc., que todos son unos; dignos sucesores del oráculo de aquella escuela, que respecto de la verdadera ilustracion del pueblo sentia de esta manera: „Me parece que no estamos de acuerdo sobre el punto del pueblo. Entiendo por pueblo al populacho que solo cuenta con sus brazos para vivir, y no creo que esa clase de ciudadanos tengan nunca tiempo ni facultad de instruirse. Considero esencial que haya miserables ignorantes. . . . . Todo está perdido cuando el populacho la dá por racionar. (Voltaire en carta á Damillaville de 1.º de Abril de 1766). Y conforme á esos principios, lo mismo vale engañar al pueblo forjándole historia y *mintiéndole verdades* por deber de conciencia, que dejarle en su ignorancia nativa, de la cual no merece salir; *porque todo estaría perdido el día que la diera por racionar*. Y en efecto; si los pueblos se *resignaran* á racionar un poco, podria correr mal viento á más de un tribuno callejero, y de un filósofo de café, y de un *condottieri* del periodismo, y de un vociferador de la soberanía popular.

Pero, y esos mismos que combaten al catolicismo, que desnaturalizan y calumnian al Supremo Pontificado, que vilipendian á la Iglesia, creen lo que dicen? No: lo dicen, porque aunque tengan conciencia de la mentira, les interesa propalarla y explotarla; porque del error sacan partido; porque, así como unos viven del sudor y de la sangre de los pueblos, otros medran con los errores de su inteligencia y las debilidades de su corazon. Toda su táctica está basada sobre maniobras como esta: „Cierta escritor habia publicado un libro titulado: *De la idolatría y del fanatismo de la Iglesia Romana*. Habiéndolo leído el duque de Yorek, preguntó á Schelden, si era una opinion recibida en la iglesia anglicana que la de Roma sea idó-

latra. Schelden respondió que no; pero que los jóvenes eclesiásticos anglicanos, queriendo agradar al pueblo, empleaban esta acusacion como un medio para ello. „ (Collection des memoires relatifs á la revolution d'Angleterre, Guizot lib. IX) De manera que estamos en el caso de esperar que, cuando los propagandistas del error protestante y antinacional crean oportuno, para agradar al pueblo (yankee se entiende), ó para servir á intereses extranjeros, reproducir contra nosotros los católicos las calumnias que los paganos propalaban en tiempo de Neron contra los primeros cristianos, las propalarán y explotarán cuanto puedan; aunque no sea más que por expender mayor número de sus calumniosos folletos. Porque hay seres que gustan vivir de la explotacion del escándalo, como hay insectos que viven de remover la inmundicia.

Tal es el plan de operaciones de los enemigos del Catolicismo entre nosotros: y llamamos la atencion de nuestros hermanos los mexicanos católicos, para que se mantengan en constante y vigilante guardia, contra todas las formas de que el error se reviste, escudado con el libertinaje de la prensa. Nada hay sagrado para ciertos escritores que hacen caudal aun del escándalo más repugnante: y para preservarse del veneno que envuelven ciertos papeles, bajo los títulos más indiferentes, es necesario mantenerse en constante alarma, y negarles el acceso al hogar doméstico. La generacion que está concluyendo, es responsable ante Dios y la humanidad, del mal que, por descuido ó por apatía, leguemos á la generacion que se está formando.

Los que, por gracia divina, se conservan á salvo de la corrupcion de inteligencia y de corazon que carcome á nuestra sociedad actual, tienen un deber riguroso de luchar sin trégu-

contra el mal dominante; so pena de que llegará un día en que tengan que reportar ante el Supremo Juez, no solo la parte que les corresponde en la responsabilidad solidaria que pesa sobre un pueblo delincuente; sino tambien la responsabilidad muy personal de aquel mal siervo que enterró el talento que habia recibido para negociar con él.

Para esto, y creemos haberlo dicho otra vez, no basta creer firmemente, ni mantenerse en la profesion de los principios sanos; es necesario obrar en consecuencia, y cultivar esos principios en la sociedad; de suerte que germinen y crezcan y den frutos. Nos debemos á la sociedad en que vivimos, y ese deber y su desempeño no se compadecen bien con cierta virtud inerte y egoista que piensa haberlo hecho todo, cuando á la callada y como con vergüenza, reprueba los males dominantes. La verdad y la virtud que, en medio del peligro, solo se mantienen á la defensiva y que vuelven el rostro por no mirar el mal cara á cara, concluyen por hacerse cómplices del error y del mal, en cuanto no le disputaron el terreno que podian. A esa virtud egoista, perezosa ó cobarde, le puede acontecer aquello de que, «por cuanto eres tibio, y no frio ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca.» (Apoc. III. 16.)

En la actualidad, que tantos progresos hace y tan estragosos, lo que se ha dado en llamar filosofía positiva, y escuela crítico-histórica, es indispensable, necesario, propagar cuanto sea posible el conocimiento de la verdadera historia, y principalmente de la historia de la Iglesia. Porque, al fin y al cabo; la historia de la Iglesia es la de la civilizacion de XIX siglos, la de la humanidad regenerada. En los días que corren, la revolucion levanta su pendon en todas partes, y solo la Iglesia empuña la bandera del Orden, en defensa de los principios

conservadores y constitutivos de todo orden. Y para borrar de la sobrehaz de la tierra esos principios, se irgue, con la impudencia y audacia de una ramera, la filosofía positivista; y montando sobre una mentida crítica-histórica, intenta con un salto, alcanzar la bandera santa y desgarrarla sacrílegamente. Los empresarios de esa obra infernal, bajo nombres diversos, á la sombra de distintos pabellones, se adunan todos con el mismo propósito y aspirando á idéntico fin. Por eso, desenterrando antiguos errores, desempolvando añejas mentiras, difaman y vilipendian al Sumo Pontificado; porque en él vilipendian y difaman á la Iglesia católica, que es la nave en que camina la fortuna de la humanidad, es decir, la civilizacion segun el Evangelio.

Pues bien: nosotros los católicos, que sabemos la nefanda conjuracion, y que comprendemos la largura de sus alcances, estamos obligados á hacer cuantos esfuerzos nos sean posibles; no para salvar la nave, porque ella tiene un piloto divino; sino para salvarnos en la nave, y que la humanidad de buena voluntad se salve con nosotros. Para conseguir tan grandioso objeto nos basta tener Fé en Dios, Esperanza en el porvenir y Caridad en el corazon. Con esos elementos divinos, y nuestra sumision de amor y de respeto á la Iglesia regida por Cristo y el Papa en vicario, á quien debemos entera obediencia, nos salvaremos en la nave, contra todo viento y marea.

*Tacubaya, Mayo de 1885.*

*Un Católico.*



(\*) La generacion actual, que no alcanzó á conocer en nuestro país á los Institutos Monásticos, ni se cuida de estudiar en la historia lo que ellos fueron para nosotros y han sido para la humanidad entera, puede ser engañada por los perpétuos y gratuitos calumniadores de los "frailes," y aceptar como razonables sus declamaciones; sin sospechar siquiera que esas calumnias y declamaciones contra la vida monástica son otras tantas invectivas contra el mismo Evangelio y contra la Iglesia. Contra el Evangelio, que prescribe la perfeccion cristiana, y contra la Iglesia, que realiza esta perfeccion, median- te la observancia de los consejos evangélicos, facilitada, actuada y perpetua- da á la sombra de instituciones concebidas y planteadas "ad hoc." Mucho po- driamos decir sobre la grandiosa mision desempeñada en el mundo por las Ordenes religiosas; pero ello nos obligaria á extender nuestro trabajo más allá de los límites convenientes. Sin embargo, para dar alguna idea de lo que han sido en el mundo esos Institutos y sus obras, diremos el resumen conocido de las "modestas hazañas" cristianas de uno sólo; y no el más antiguo, y no el más extendido, y no el más favorecido para el ejercicio de su mision. Los re- ligiosos Trinitarios y los Mercenarios, Ordenes redentoras de cautivos, en el espacio de 589 años, corridos de 1,198 á 1,787, rescataron "un millon y cua- trocientos mil cautivos," que importan tanto como "dos mil trescientos se- tenta y seis," y algo más, de individuos redimidos en cada año. Que estimen los filántropos del día, en lo que vale la redencion de un millon y cuatrocien- tos mil individuos restituidos á sus familias, á su patria, á su religion, á la sociedad civilizada, y figurando entre ellos alguno como el inmortal Manco de Lepanto. Y así era todo en los Institutos Monásticos. Se han podido contar los cautivos rescatados por los Trinitarios y Mercenarios; ¿pero quién podrá contar los enfermos asistidos por las órdenes hospitalarias y de penitencia? Y aun cuando estos se pudieran contar, ignoradas quedarian todas aquellas obras de misericordia de que solo Dios puede llevar y lleva minuciosa cuenta; las obras todas que han tenido por objeto la santificacion individual y social. Si posible fuera hacer sustraccion de la enorme masa de bien consumado en el mundo por millones de hombres, que en XVIII siglos han aspirado á la perfeccion bajo el yugo de los consejos del Evangelio, ¿qué quedaria en el mundo de heroísmo, de virtud y de prodigios de santidad? Y restado el he- roísmo de la virtud cristiana, y el prodigio perpétuo de la santidad evangélica en XVIII siglos, el actual XIX habria llegado á rayar en la altura de que tan- to se envanece? Problema es este cuya solucion corresponde á la verdadera ciencia, apoyada en la verdadera historia; no á la ciencia ni á la historia de "La Bandera Roja;" porque el "hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espiritu de Dios."